

- FAUS. (Mientras solemnemente desaparecen todos.) ¡Viva el maestro de todos Benvenuto!
- TODOS ¡Viva!... (Escorpina rompe á llorar amargamente, siguiendo, desde la puerta, el grupo de los que se alejan.)
- ESCOR. ¡Hinca bien el pie por el camino, que yo pueda seguirte, y besar cada una de sus huellas!...
- LUC. (Vaciando alegremente el bolso de Porcia.) De verdad que no todo se ha perdido... ¡Ven acá, Juana, y haznos traer doce jarros de vino griego! (Todos gritan y aplauden.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



## ACTO SEGUNDO

---

Esta es la habitación de Benvenuto: hay en ella hacinadas muchas y bellas cosas de arte, con otras útiles y de uso diario. Están todos sus muebles que son, además de su cama, en el fondo, bien colgada, varias sillas y una mesa grande: sobre la mesa libros, papeles, un espejo con marco de plata, un velón grande y un cáliz comenzado, en oro. También habrá, en el cuarto, una especie de arquilla, donde Benvenuto guarda, bajo llave, las joyas acabadas y las piedras preciosas que cardenales, grandes damas y hombres esclarecidos, el mismo Papa Clemente, le confían para que las monte. La disposición del cuarto es esta: En el fondo, á la derecha, el rincón de la cama. En el centro, la puerta de entrada; á la izquierda, un gran ventanal, por donde el cuarto cobra luz. En la pared lateral izquierda, hay la puertecita que comunica con la alcoba de Fantasilea, su modelo. En la pared de la derecha, casi no hay muro, viéndose sustituido por un gran cortinón, que separa la habitación de Benvenuto del taller donde trabajan sus cinco oficiales. Al levantarse el telón se oye el ruido de los oficiales que están labrando un mármol: el cortinón de la derecha está, á medias levantado, y deja adivinar parte del taller.

### ESCENA PRIMERA

En escena PANTASILEA. Después ASCANIO

- PANT. (Tiene cada la manga de un lado del cuerpo y los cabellos sueltos; se coloca en ellos una guirnalda, consultando el espejo y la bella figura que le muestra.) No dirá hoy el maestro que tengo pocas trazas



para componer una figura bella; ó, si lo dice, mentirá porque el espejo... (Lo toma y se mira sonriendo.)

ASC. (Que entra escapado del taller.) ¡Pantasilea!  
PANT. (Queriendo cubrirse, pero sin hacerlo por miedo á descomponer la figura.) ¡Vamos! no consiento un paso más: Ascanio, eres osado; vendrá el maestro, si nos coge entrará en ira: después yo lo pago todo...

ASC. Tienes mucho miedo al maestro.  
PANT. No es hombre de admitir contradicciones...

ASC. Y ¿en todo le obedeces siempre?..  
PANT. Cuando el señor Ascanio de Tallacoso, me haya puesto en esta mano el más pequeñin de los anillos que se labran en la casa, podrá hacerme esa pregunta.

ASC. Y tú podrás dejar de contestarme entonces como ahora...

PANT. Si podré, mi bravo.  
ASC. No te burles de mí, Pantasilea: bien sabes que mis fines no son malos... y que es poco lo que pido...

PANT. Y yo soy mujer de dar mucho ó no dar nada...

ASC. (Acercándose.) ¿Quieres que te diga una cosa?  
PANT. (Huyéndole.) Dila pronto y no te acerques.

ASC. Pues que tus obras contradicen tus palabras. A bien que ese es achaque común en las mujeres.

PANT. ¿Por qué?  
ASC. Mucha protesta, mucho hacerse atrás, mucho gesto y mucha honra: pero, dime: ¿no es esa la puerta de tu alcoba y este el sitio en que duerme Benvenuto?

PANT. (Con mohín.) Para esa desvergüenza yo no tengo réplica..

ASC. Celos fueron, no desvergüenza, no he querido ofenderte...

PANT. (sigue el mohín.) Pero has sabido herirme..  
ASC. (Se le acerca y la coge por el talle. Ella deja hacer; que la consuelen.) Disculpa, amor, lo que han dicho los labios sin sentirlo el corazón: si yo creyera lo que he dado á entender, ya me habría muerto y habría puesto término á tus

días. No debo creerlo, cuando los dos vivimos todavía...

PANT. ¡Y que me place!... pero, ¿á qué me estás celoso? ¿No sabes que yo sólo á ti te quiero?

ASC. Sí, tú, sí; de tí estoy seguro, pero... ¿y el maestro?

PANT. ¡El maestro!... tiene que le sobra con su arte... y sobre todo, Benvenuto es hombre que quiere sin querer. (Se oyen voces afuera junto á la puerta y ruido de armas.)

LOS DOS ¡El maestro! (Ascanio se escurre hacia el taller. Pantasilea reproduce la actitud del principio, delante del espejo; suenan más que nunca los martillos de los aprendices.)

## ESCENA II

DICHOS, BENVENUTO y PAULO

(Entran en escena Benvenuto y Paulo, su discípulo: éste es un manco imberbe todavía, que viene con muestras de un terrible pánico: quédase á la puerta en actitud de quien espera recibir órdenes. Trae Benvenuto una espada desnuda y ensangrentada: las ropas y la actitud descompuesta. Avanza unos pasos, toma su espada y la parte en sus rodillas: luego tira los trozos al suelo, diciendo:)

BEN. ¡No he de ceñirte más, que esa sangre de asesino te deshona! (Repara en Pantasilea que le mira hacer, sobrecojida de terror.) ¿Qué haces tú aquí, Pantasilea?

PANT. (Con miedosa ingenuidad.) Señor, en vuestro servicio estaba solamente: me dije que hoy tal vez quisiérais trabajar y aquí he venido compuesta como vos me tenéis ordenado: no hallándoos, ya iba á retirarme, pero ví, entonces, el espejo y quise cerciorarme bien de que había cumplido vuestra orden en el tocado; me miré, puse mano á estas flores que caían; todo quedó á punto, y viendo que este hombre, así, desnudo daba mayor gracia y realce á la cabeza, lo dejé sin cubrirlo, hasta conocer vuestra opinión.



- BEN. Digo que todo, á la vez, es admirable y me seduce. (Volviéndose á Paulo que, con muestras de impaciencia, mira á la calle por el ventanal.) ¿No juzgas tú lo mismo, Paulo, discípulo y amigo? (Paulo encoge los hombros sin saber qué contestar.) Es verdad que á tus pocos años, un velo de sangre quita todo juicio: pero confiesa, por lo menos, que pasar, como de un salto desde aquel horror trágico que dejamos á la gracia y suavidad de esta mujer que parece ignorante de todos los destinos negros, es contraste supremo de los que sólo puede combinar la vida, maestra en toda maravilla.
- PANT. Señor... ¿qué hago?
- BEN. (Yendo hacia la mesa.) Para acá un momento y, aunque estoy sin calma, fijaré en la cera estas tres líneas del cuello, y del hombro, y de la espalda, que, como son de nieve, podrían deshacerse. (Se sienta y se dispone á trabajar.)
- PAULO (Con muestra de gran temor y gran respeto.) Señor Benvenuto... yo, señor... si dáis oídos, buscaré cómo recordarle al maestro el peligro en que tiene su vida... y las graves cosas conque ha venido á embargarle este suceso.
- BEN. Nada más dibujaré; muy pronto acabo...
- PAULO Si corre la noticia de la muerte...
- PANT. (Con temor, volviendo á uno y otro lado la cabeza.)
- BEN. ¡Quieta!
- PAULO Si los arcabuceros del Papa se enteran de lo sucedido, creo yo que no se contentarán con menos que asesinar á mi señor Benvenuto...
- PANT. ¡Ay! ¿qué es esto, pues? decid, ¿qué pasa?
- BEN. (Arrojando con ira lo que estaba haciendo.) ¡Malhayan, Paulo, tus pequeños ánimos que ahora me castigan! ¡Sal de mi presencia; déjame en paz, que no mereces vivir con quien desafia á los Papas, sino á cobijo de estos, en su capilla misma! (Paulo, confuso, se va por el taller.)

### ESCENA III

BENVENUTO Y PANTASILEA

- PANT. ¿Qué queréis que haga yo, maestro?
- BEN. Pantasilea amiga: con esa espada acabo de matar á un capitán del Papa: fué venganza justa, porque hace unos días él mató á mi hermano: Roma entera se alborotará: los compañeros del muerto quieren justicia: sus soldados me buscan: mis amigos tiemblan: mis enemigos orden cerca del Papa embrollos que me pierdan: yo he dado aviso á mi amigo Félix Guadaña de que venga á verme sin perder minuto y he pedido al Cardenal de Médicis que me mandara un caballo para hacer un servicio al Papa mismo: á mi amigo voy á confiarle la guarda de mi tienda y con el caballo del Cardenal, saltando por la ventana del taller, me escaparé de Roma. Todo esto me ocupa un poco ahora; pero si solo permanezco dos horas aquí, yo he de hallar un momento en que quedarme copia de toda esta apariencia tuya que me encanta. Entra, pues, en tu cuarto: cuida de estar quieta y no descomponerte: que ni la hoja de una flor se mueva de su sitio ó, por quien soy, si cuando te necesite, no lo encuentro todo á punto, acabaré de trastocar á puntapiés el resto del ornato.
- PANT. Yo cuidaré con ansia de serviros. (Va á entrar en su cuarto.)
- BEN. Y antes, linda moza agradable, por si Dios dispone que no nos veamos más, trae acá tu hombro que lo bese. (Pantasilea se acerca con vergüenza querida, andando de espaldas hasta que Benvenuto, casta y limpiamente, la besa en el hombro. En este momento, abriéndose la puerta del fondo, deja paso á Félix Guadaña, viejo y malicioso mercader de Roma, amigo de Benvenuto: sorprende Félix el beso y hace que no ha visto nada. Pantasilea se esconde en su cuarto, pero Benvenuto va á Félix diciéndole



con noble naturalidad.) ¡Qué gracia de flor, amigo Félix, ha puesto la Naturaleza en esta carne de las muchachas de Roma! (se dan ambas manos y luego, señalándole una silla dice:) Siéntate y hablemos.

FÉLIX  
BEN.

(Lo hace.) Tú hablarás, que me has llamado. Es justo. Sabe, pues, que me llama á salir de Roma urgentemente un negocio descomunal y perentorio. Dejar mis asuntos, ahora que empiezan á tomar vuelos, en manos de estos inexpertos mozos que me ayudan, sería embrollarlos y perderlos para siempre. Yo he pensado en tí, que eres viejo mercader, para que, en mi ausencia, cuides de esto y ocupes mi lugar en esta casa.

FÉLIX  
BEN.

(Reflexionando.) ¿Llevas nota en algún sitio de los encargos y encomiendas que recibes?

(Busca en el arcón un libro, lo saca y le dice:) Aquí los tengo todos detallados y en su orden. (Abre el libro y Félix Guadaña se levanta, y en pie, detrás de Benvenuto, lee en el libro al mismo tiempo que éste.) En ese armario está lo terminado: en el taller el resto. Mira: *Aguamanil del obispo de Salamanca*. (Al amigo.) Este es un famoso obispo que adorna españolescamente su avaricia; no le entregues la obra si no la cobras antes. *Broche de la señora Porcia*... ¡Pobre y magnífica señora! tanto le gustaron mis servicios, que de aurífice quiso trocarme en esclavo. No recogerá su encargo porque al fin reñí con ella. No importa: ella al cabo fué el principio de mi fama y me será grato conservarlo en su memoria. *Medalla del Papa*; está entregada, sólo falta cobrarla. *Candelabros del Cardenal de Médicis*, se terminarán. *Monedas y hierros del Papa*: entregado, falta cobrar los hierros. Para el Cardenal Cornaro, *unos vasos*: se hacen. Otra vez para Médicis: los mismos vasos que al anterior, pero en doble número y con dobles adornos: á éste, para servir en todo su opulencia, le cobrarás el triple. Para el Papa: *una lámpara*, según diseño: es regalo, se hace.

FÉLIX ¿Sabes que tienes en el Papa un excelente protector?

BEN. La santa mesa le hace pobre. Siguen otros encargos que verás tú mismo.

FÉLIX No es preciso que insistas. Veo con gusto que eres más ordenado de lo que hace suponer tu vida estrepitosa.

BEN. Sin proporción de orden no hay vida, y cuanto más tirante y acordado el parche, mayor es su estrépito.

FÉLIX Descuida, que mientras estés fuera de Roma, quedan en buenas manos tus negocios. Y ahora que estoy en ello, déjame que apruebe y que te alabe tu partida. Tú sabes cuán de antiguo soy amigo tuyo: ya lo fui de tu padre el arquitecto. Pues bien: yo tiemblo de verte encerrado, con esta pujanza y esta fuerza tuyas, en el horno de pasiones y disputas que es nuestra ciudad. El mejor día harías sin pensar una trastada y la podrías pagar con la cabeza.

BEN. Es posible, Félix amigo, que tengas razón en lo que dices.

FÉLIX Y ahora, que estás á tiempo y ves las cosas con la serenidad del ánimo tranquilo, atiende la razón de un viejo y oye bien lo que te digo: sal de Roma: deja acá sus envidias y sus celos: huye el alboroto de las antesalas y de los palacios; vé á las pequeñas villas donde florece al arte en paz, y aquí, y allí y en todas partes evita las contiendas y disputas que al fin te perderían.

BEN. Yo meditaré todo eso y creo que me será de gran provecho.

FÉLIX Sí, medítalo, hijo mío, ahora que puedes. Mira tu pobre y excelente hermano qué sacó de su contienda con el capitán del Papa. Que él duerme en lo profundo de la tierra y el capitán se pasea orgulloso y fanfarrón, más admirado y temido que nunca. Claro que Dios proveerá y hará justicia pero entre tanto... (Como dice esto divagando por el cuarto, se para delante del ventanal y añade:) ¿Qué miro, Benvenuto? ¿Los arcabuceros del Papa, es-



BEN. tán abajo, en la plaza, disutiendo en tropa y miran á tu casa y amehazan con el puño? Déjales: deben haberles hecho alguna burla desde el taller los aprendices... al fin nada.

FÉLIX. Es que yo quisiera ya salir, y ando en reparos.

BEN. Si me escuchas, te haré dos encargos más para que los cumpas en mi ausencia.

FÉLIX. Dime.

BEN. Irás esta noche al Banquí. Cerca de la tienda de Lucas Angelo, en la casita de la esquina, vive ahora, separada del maestro, la que fué su mujer y mi ama, Escorpina. Por cuanto cariño le tuviste á mi padre, irás á visitar hoy mismo á la señora Juana y le dirás que Benvenuto está á salvo, camino de Florencia.

FÉLIX. Este criminal amor será tu ruina. Sabes cuán poderoso se ha hecho Lucas Angelo con los dineros que le presta al Papa. Sabes que ya él urdió y tramó la muerte de tu hermano. Sabes que busca perderte siempre: que levanta contra tí el polvo de Roma y que, para aplacarlo, quisiera hacer correr tu sangre. ¿Por qué buscas irritarle más? Y ahora que sales de Roma, ¿por qué no romper ese cariño de donde ha de venirte todo mal?

BEN. Tal vez por eso mismo: y aquí ya no me hagas reflexiones, que empieza á urgir el tiempo. Va el segundo encargo. (Se acerca al taller.) ¡Paulo!

PAULO. (Presentándose.) ¡Maestro!

BEN. ¿Se terminó la lápida de mármol?

PAULO. Sí, maestro.

BEN. Tráela acá, que la vea. (Sale Paulo. Benvenuto y Félix quedan esperando en silencio. Al poco rato vuelve Paulo con una lápida de mármol, donde hay letras y figuras. La coloca sobre la mesa, aguantándola con las manos de modo que puedan contemplarla Benvenuto y Félix.)

BEN. (Descubriéndose lee en la lápida.) «A Juan Francisco Cellini, florentino, soldado y portabandera de Juan de Médicis, bravo en

«las armas, recto en el juicio, adelantado en el consejo, muerto á los veinticinco años, por un arcabucero del Papa, su hermano Benvenuto.» (Volviéndose á Félix después de haberse enjugado una lágrima.) Mañana, Félix amigo, ordenarás que coloquen esta lápida en la tumba de mi hermano Juan Francisco, en la iglesia de los Florentinos, donde descansa.

PAULO. ¿Nada más quereis, maestro?

BEN. Aguarda. (Busca en el suelo y recoge el puño de la espada antes rota.) Fundiréis la plata de esta empuñadura, (Se la da á Paulo.) y haréis con ella una lámpara, por el mismo diseño que la entregada al Cardenal Carnaro. (Le hace á Paulo gesto que puede retirarse: éste lo verifica así. A Félix.) Tú mismo, si quieres hacerme bien, colgarás la lámpara y dispondrás lo necesario para que arda siempre ante la tumba de mi hermano. Y de mi parte, le dirás que está vengado.

FÉLIX. (Adivinando.) ¿Vengado?

BEN. Sí.

FÉLIX. Pero entonces... ¿el capitán?

BEN. Le he atravesado la garganta.

FÉLIX. ¿Y has callado hasta ahora?

BEN. Pues si hablara antes, ¿qué cabeza te quedaba á tí para entrar en mis negocios? Ahora todo queda á punto y tú no corres ningún peligro.

FÉLIX. Los arcabuceros vuelven á pasar amenazando con los puños. (Cierra con llave la puerta del cuarto.)

BEN. Es la hora y yo lo tengo ya todo dispuesto para escapar. (Descuelga y se ciñe una espada. Llama al fondo en la puerta.)

FÉLIX. ¿Han llamado?

BEN. (Acabando con calma de ceñirse la espada.) Debe ser Pantasilea ahí en el cuarto: vé qué quiere. (Félix abre la puerta lateral y mira.)

FÉLIX. No, Pantasilea está sentada aguardando que la llames para trabajar. (Vuelven á llamar en la puerta del fondo.)

BEN. (Señalando el sitio.) Es ahí..



FÉLIX  
BEN.

Huye...  
(Sin moverse.) Abre. (Félix, después de muy breve indecisión, abre la puerta, aparece en ella una dama, vistiendo oscuro, cubierto el rostro con un velo.)

ESCENA VI

DICHOS y ESCORPINA

ESCOR. Quiero hablar á solas, si es posible, con el maestro Benvenuto Cellini.  
FÉLIX Por lo que más ameís en el mundo, señora, os pido que sea breve vuestra plática. Va la vida del maestro. (A Benvenuto.) Yo corro á la puerta y subiré á prevenirte si un peligro te amenaza. (Sale)

ESCENA VII

BENVENUTO y ESCORPINA. Esta se echa el velo atrás

BEN ¡Escorpina! (Corre á ella y le besa las manos.)  
ESCOR. Quieren prenderte...  
BEN. Lo sé: estoy prevenido.  
ESCOR. Contra el ataque, tal vez, contra la perfidia, no.  
BEN. Expílicate.  
ESCOR. Lo decían por el Banqui: lo he recogido en corros de vecinos, y te lo vengo á traer para tu salud. Tratan de tenderte un lazo. Saben que te sobra ingenio para escapar de sus garras, y Lucas Angelo les ha propuesto un plan con que engañarte y lograr que te quedes en Roma confiado. Así cuentan no dar después el golpe en vago.  
BEN. Nunca hubiera sospechado en Lucas Angelo tanto ingenio.  
ESCOR. Sé que vendrán á verte en embajada y en nombre del Papa mismo: digante cuanto te digan, tú finge que lo crees y ellos salgan creyendo que te dejan confiado... pero, por

nuestro amor, Benvenuto, en cuanto ellos salgan... huye de Roma y ponte á salvo donde te acojan y te quieran... (Con cariño y dulzura.) ¿Dónde vas, si huyes?  
BEN. A Florencia, donde me llama el duque Alejandro.  
ESCOR. Siempre tuve á Florencia por el país más bello de Italia.  
BEN. Hay ánimos pequeños que encuentran largo y peligroso el viaje.  
ESCOR. No hay viaje largo cuando la esperanza acorta las jornadas.  
BEN. ¿Hablas de verdad ó burlas, Juana?  
ESCOR. ¡Hablo enamorada, y no sé si es amor la mayor verdad ó la burla más grande de la vida!  
BEN. (Entusiasmo.) ¿Vienes conmigo, Juana?  
ESCOR. ¿Pues cómo sin tí pudiera vivir yo en Roma? ¿A qué abrir los ojos si no habían de verte? ¿Cómo cerrarlos, sin haberte visto?  
BEN. (Rapto lírico.) ¡Oh, qué dulcemente se enseñorean de mi alma esta afición y este cariño tuyos! ¡Oh, cómo se trueca en el mayor bien la desgracia más grande de mi vida! Florencia, que era mi destierro, será mi paraíso. Cuando toda Roma me es tan enemiga que me escupe de ella, la mayor gracia de Roma viene á ser mi viático y mi triunfo! ¡Oh, que no pueda yo llevarte como mereces, en el viaje, con pajes que te sirvan, doncellas que te cuiden, músicos que te alegren, lanzas que te defiendan y carros y caballos que arrastren con pompa de tu grandeza y tu equipaje! ¡Que Florencia no sepa en qué momento honra sus puertas tanta gracia para echar á vuelo sus campanas! ¡Que lo ignore el duque y no deje su palacio para recibirme! ¡Que todos mis enemigos y envidiosos, ahora que me sigues, no puedan saberlo y no redoblen en su enemiga y no crezcan en su envidia!  
ESCOR. ¡Ay, Benvenuto, cuántas cosas descubro en tu cariño que nada tiene que ver con el cariño!...



- BEN. ¡Vamos á Florencia y he de dar mi vida por defenderte en el camino!
- ESCOR. ¿Ves, ahora? Dices que me quieres y hablas de morir... Tú saldrás hoy solo camino de Florencia... Urge que vuelas en la primera jornada y yo te estorbaría...
- BEN. Es necia cosa emprender un camino sin peligro.
- ESCOR. Bastantes te harán correr tus enemigos.
- BEN. ¿Y cómo quedas tú?
- ESCOR. Aguardando las primeras luces del mañana para dejar á mi vez esta ciudad que te ha perseguido... Ahora, Benvenuto, una pregunta... ¿Gustas de esta resolución que tomo?
- BEN. ¡Mi genio protector te la ha dictado!
- ESCOR. Piensa que si me tienes afición, seré tu sierva; y si te canso, tu tirano... ¿quieres que me quede en Roma?
- BEN. ¡Ven á Florencia!...
- ESCOR. ¿Qué tiempo hace que no hemos podido hablar en tanta libertad! (Levantándose.) ¡Oh, separémonos, que luego no podría Benvenuto... ¿no me engañas?... Ahora tengo calma para oír lo que luego no podría soportar. ¿Estoy sola en tu corazón? ¿á nadie más quieres?
- BEN. Sólo tú eres mi diosa.
- ESCOR. Eso mismo decías cuando aquella señora Porcia...
- BEN. Desde entonces ha crecido mi cariño...
- ESCOR. Sí, lo veo, Benvenuto, y si ahora me engañaras nunca más podría creer en tus palabras... repítelas, despacio...
- BEN. (Muy cerca de ella, con devoción.) Sólo... tú... eres... mi Diosa. (La besa.)
- ESCOR. (Volviendo en sí.) ¿Es muy largo el camino de Florencia?
- BEN. Pero hay bellos sitios de descanso que lo abrevian... (Va á salir Escorpina y entra impetuosamente Félix.)

## ESCENA VIII

DICHOS y FÉLIX

- BEN. ¿Qué acontece, Félix?
- FELIX. Que ya todo se ha perdido. Vienen hacia la casa el Gobernador de palacio y el maestro Lucas Angelo, tu enemigo.
- ESCOR. No olvides qué objeto traen con su embajada.
- BEN. Hazles subir. ¿Y tú?
- ESCOR. Quiero esconderme... no por Lucas de quien ya he recabado toda libertad: porque no sospechen que te he prevenido. (Escorpina está junto á la puerta de Fantasiles.)
- BEN. ¿Qué lugar encontrarás para ocultarte?
- ESCOR. Deja, (Abriendo la puerta.) este mismo.
- BEN. (Sospechando lo que puede pasar.) No, aquí... (Ya es tarde, Escorpina ha cerrado la puerta y en la del fondo aparecen Félix, el Gobernador y Lucas Angelo. Toda la escena que sigue, Benvenuto la dice furioso y loco, atendiendo más á lo que puede pasar dentro del cuarto, que á lo que sucede en escena. Dirigese varias veces á la puerta y trata de oír; hace gestos de furia. Todo él tiene transportes de loco.)

## ESCENA IX

BENVENUTO, FÉLIX, EL GOBERNADOR y LUCAS ANGELO

- BEN. Señor Gobernador, ¿á qué debo la honra de que vuestra alta dignidad venga á estorbarme?
- GOB. (Campanudo.) La suprema santidad del Papa Clemente VII, me envía en embajada.
- BEN. Beso los pies de vuestro amo.
- GOB. Benvenuto Cellini, el Papa sabe que habéis muerto á un servidor suyo.
- BEN. A uno por ahora, es cierto.
- GOB. Sois pues, reo de homicidio.
- BEN. Así debe ser, si aquello era un hombre.



G. B. Las leyes culpan rigurosamente este delito.  
 BEN. Ahora me entero.  
 G. B. Un ciudadano debe conocer todas las leyes...  
 BEN. Pues descuidad que ahora las iré conculcando todas y vos vendréis á alicionarme de cada una, como me alicionáis de esta...  
 G. B. Pero en su magnífico y generoso pecho, quiere el Papa perdonaros si aceptáis la condición que os impone á guisa de castigo. Recibiréis vuestro indulto en la Feriagosto y hasta entonces un salvoconducto que os permita estar seguro y tranquilo trabajando.  
 BEN. ¿Y á qué precio el Papa me vende mi tranquilidad?  
 LUC. Ahora entro yo, Benvenuto.  
 BEN. ¿También tú de embajador del Papa?  
 LUC. ¡Yo también!  
 BEN. Ahora veo cuánto pueden empañar malos consejeros un tan claro juicio como era el de Clemente. ¿Pone en tus manos la tiara, aurífice banquero, y no teme que te quedes con las piedras?  
 LUC. A tus mayores insultos respondo con esto: Es deseo del Papa que renunciéis á terminar el cáliz que te habla encomendado y que á mi me lo entregues junto con los diseños para terminarlo. Esto en castigo á tu crimen y por sola condición de tu libertad.  
 G. B. Así es.  
 BEN. Diréis al Papa, que el respeto que le tengo me impide dar satisfacción á su deseo.  
 G. B. Venimos de embajadores de Clemente; no para que vos nos convirtáis en embajadores vuestro.  
 BEN. Pues yo digo que, también sin embajadores, sé desobedecer órdenes injustas.  
 G. B. Caiga sobre tí todo el rigor de tu respuesta.  
 BEN. Y sobre Clemente caiga toda la responsabilidad de mi conducta...  
 LUC. ¿Son tus últimas palabras?  
 BEN. No; que no quiero perder esta ocasión que se me ofrece de probar cómo es la fe de un Papa. ¡Paulo! (Aparece Paulo.) Trae la caja que empleamos para transportar sin que se dete-

riore este comienzo de mi cáliz. (Los embajadores se miran. Benvenuto trata de escuchar á la puerta consabida. Grandes muestras de impaciencia. Paulo vuelve con una caja de madera y llave. Benvenuto introduce en ella el cáliz, la cierra con llave y se guarda la llave. Luego, vuelto á los embajadores dice:) Decís que el Papa quiere mi cáliz solo en prenda de mi libertad: ahí lo entrego: hasta recibir el indulto mi libertad no es segura ni el Papa puede disponer de mi obra: si en el entretanto se me molestaré ó persiguieren; falta el Papa á su fe y yo recobro mi garantía; en cuanto se me entregue el indulto yo libraré la llave de esta caja. (Pone la caja en manos del gobernador.)  
 G. B. Solo os advierto...  
 BEN. Basta.  
 G. B. Que el Papa puede atar...  
 LUC. Y desatar...  
 BEN. Basta, digo: está en vuestras manos el cáliz y termina aquí vuestra embajada. Ya no tenéis más razón de permanecer en esta casa que la de unos intrusos sin recato.  
 G. B. Vuestras palabras...  
 BEN. Y en uso de mi libertad que acabo de comprar, señores intrusos, os arrojo de aquí villanamente. (Señala la puerta y empuña la espada á Félix.) Acompáñalos Félix á la calle y si se resisten, tengo cinco mancebos que den cuenta de ellos.  
 G. B. (Saliendo. Lucas Angelo ha escapado ya.) ¡Todo ha de saberlo el Papa! (Salen y Félix con ellos.)

ESCENA X

BENVENUTO y ESCORPINA

BEN. (Dando un gran aliento.) Ya era tiempo. (Corre á la puerta, la abre y grita con ansiedad.) ¡Escorpina!... (Sale ésta: toda ella abatida y demudada mira á Benvenuto con severa melancolía.) Escorpina...

33594

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 1960. 1625 MONTERREY, MEXICO



- ESCOR. Y si ahora me engañas, ya nunca más podré creer en tus palabras...
- BEN. No, Juana, no; yo te juro que aunque todas las apariencias están contra mí...
- ESCOR. Te adoro y quieres que no haya hablado con ella? Soy mujer, y quieres que no le haya hecho decir lo que me interesaba?
- BEN. Pero, ¿has visto mi corazón? Pues yo te juro, Escorpina, que todo acto humano es apariencia y que solo aquí está la verdad. (señalando al pecho.)
- ESCOR. Con estas razones á una dama culta como Porcia: no á mí que soy rústica italiana y solo sé querer de una manera...
- BEN. (Descompuesto, con zapto grandioso.) ¡Dioses! ¡Dioses que vieron en el Olimpo los antiguos, haciendo fiesta del amor perpétuamente! ¿qué burla ha sido la vuestra y por qué nos habéis dado á los hombres el amor, cuando no tenemos vuestra serenidad para gozarlo, ni vuestra inmortalidad para vencerlo? (Escorpina solloza. Entra Félix por el fondo.)

### ESCENA XI

DICHOS y FÉLIX

- FÉLIX. Huye; se han concertado para volver en tu busca. (Benvenuto va acercándose á Escorpina; ésta se encoge con miedo huyendo de que pueda tocarla; Benvenuto se detiene en su ademán y dice á Félix.)
- BEN. Tú mismo acompañarás á esta dama á su casa y cuidarás que nadie sea osado á importunarla. (Los dos amigos se abrazan en silencio. Benvenuto sale precipitadamente y al pasar derriba casi la cortina del taller.)

### ESCENA XII

ESCORPINA, FÉLIX, ASCANIO y MANCEBOS

- ASC. ¿Qué tiene el maestro, señor Félix? (Entrando precipitadamente.)

- FÉLIX. Huye, le persiguen. (Ascanio se introduce en el cuarto de Fantasilea.)
- MANC. 1.º (Entrando también.) El maestro se descolgó por la ventana y corre hacia las puertas al galope de un caballo.
- FÉLIX. Si vienen en su busca, decid que ignoráis dónde se encuentra. (A Escorpina.) Cuando queráis, señora.
- ESCOR. Nada me importa ya de nada; vos no sabéis por qué, señor; pero esta gran desdicha me hace á todo indiferente. Si os molesta acompañarme, yo iré sola, no me importa que me vean. Ya nadie manda en mí.
- FÉLIX. Benvenuto me ha hecho este encargo y es sagrado para mí.
- ESCOR. Hacéis bien en obedecerle y en quererle. Vamos. (Se cubre con un manto que la tapa toda. En este momento se abre la puerta, empujada por un capitán de la guardia; sus soldados le siguen.)

### ESCENA XIII

DICHOS, CAPITÁN, LUCAS ANGELO y GUARDIAS

- CAP. (A los que salen.) No hay paso.
- FÉLIX. ¿Por quién venís?
- CAP. Por el aurífice Benvenuto Cellini.
- FÉLIX. No está aquí. (Lucas Angelo saliendo de entre los guardias.)
- LUC. Sí está, que yo acabo de dejarle, y en todo caso, desconfiad de esa dama tapada, que él tiene proporción de cuerpo; y no será la primera vez que le he visto escapar vistiendo ropas de mujer.
- FÉLIX. Pido el paso para esta dama, capitán.
- CAP. No ha de ser sin que la veamos.
- FÉLIX. Pues no hay remedio, evitemos al menos el escándalo. (Al soldado.) El testimonio de Lucas Angelo, ¿os merece crédito?
- CAP. Lo que él diga lo creo á pie juntillas, trae órdenes del Papa.
- FÉLIX. (Apartándose un poco con la dama.) Venid, Lucas Angelo, á convencerlos de que esta dama



no es el que buscáis. (Lucas Angelo se acerca, Escorpina se levanta el velo lo necesario para que él sólo la vea. Al reconocer á su esposa, el gesto revelará, á un tiempo, asombro, ira, celos, desprecio, asco, y por fin, la calma del que disimula para que los demás no conozca su vergüenza.)

LUC. Juro por mi fe de caballero, que esta *dama* no es ni ha sido nunca Benvenuto... Dadle PASO. (Salen Félix y ella.—A los soldados.) Pero ahora con más ahinco que nunca, os ruego que busquéis á Benvenuto, y doy toda mi fortuna al que me lo entregue... si puede ser, muerto. (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

## ACTO TERCERO

La decoración, á toda escena, representa una enorme sala del Petit-Nesle, donación que el rey había hecho á Benvenuto y donde éste tenía instalado su taller, en París. En la sala, se advierte bien que estamos en lo interior de una fortaleza. En los rincones de ella hay lanzas y atadijos de armas. En las paredes, colgados, arcabuces. En el fondo, una gran puerta. En la parte lateral izquierda, una puerta que comunica con las habitaciones de Benvenuto, y otra, hacia el fondo, que es rinconera, y está abierta siempre; esta comunica con la torre, cuya ruinoso escalera desciende, también, hasta la calle. A la derecha, dos puertas que comunican con los cuartos de los aprendices. En el fondo, ventanales. Al levantarse el telón, hay un grupo de aprendices discutiendo. Todos rodean al nuevo aprendiz.

### ESCENA PRIMERA

PAULO y APRENDICES

- N. AP. Mi padre es notario, pero quiere dedicarme á este menester de la escultura, porque dice que ahora el arte es buen camino para hacer fortuna.
- PAULO Solo que el arte no está en libros y no lo aprende el que quiere.
- N. AP. Yo traigo buena voluntad, y les tengo afición á las personas que lo hacen, por las gentes principales con quien tratan.